

La hora del decrecimiento

MUESTRA EDITORIAL

con vivencias 1

Serge Latouche
Didier Harpagès

La hora del decrecimiento

Traducción de Rosa Bertran Alcázar

Octaedro 

Colección Con vivencias
1. *La hora del decrecimiento*

Título original: *Le temps de la décroissance*,
Éditions Thierry Magnier, 2010

Traducción al castellano de Rosa Bertran Alcázar

Primera edición: junio de 2011

© Éditions Thierry Magnier, France, 2010

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.
Bailén, 5, pral. - 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02 - Fax: 93 231 18 68
www.octaedro.com - octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-9921-179-4

Depósito legal: B. 21.298-2011

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila
Fotografía de la cubierta: Ingimage
Realización y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

> ÍNDICE

Ha llegado la hora 9

El final de los tiempos: la necesidad
de la ruptura 19

Rehabilitar el tiempo 51

Vivir el mismo mundo de una manera
distinta 95

Léxico 99

Bibliografía 111

Sobre los autores 113

➤ Ha llegado la hora

En los años sesenta, el humorista Pierre Drac advertía: «Es aún demasiado pronto para decir si es ya demasiado tarde». Desgraciadamente, hoy en día este ya no es el caso. Tras el cuarto informe del IPCC (Grupo intergubernamental de expertos sobre el cambio climático) del año 2007, y más aún tras su actualización por los climatólogos en la reunión de Copenhague de marzo de 2009, sabemos que en lo sucesivo es demasiado tarde. Incluso si detuviéramos de un día para otro todo lo que engendra un rebasamiento de la capacidad de regeneración de la biosfera (emisiones de gas de efecto invernadero, contaminaciones y depredaciones de toda naturaleza), dicho de otro modo, aunque reduzcamos nuestra huella ecológica hasta el nivel sostenible, tendremos dos grados más antes de finales de siglo. Esto significa zonas costeras bajo el agua, decenas si no cientos de millones de refugiados del entorno,¹ importantes problemas alimenticios, escasez de agua

potable para muchas poblaciones,² etc. Dicho de una forma más prosaica: «Es de temer que la expresión “respirar aire puro” sea para nuestros hijos un uso de las lenguas muertas».³

En diciembre de 2009 tuvo lugar en Copenhague la cumbre de la ONU sobre el clima al final de la cual los diferentes Estados debían llegar a un acuerdo con el fin de frenar el alza global de las temperaturas. Fue, una vez más, la cumbre de la incoherencia. Los gobiernos actúan sobre la marcha, privilegian el corto plazo y mantienen su ideología del crecimiento. La demagogia verbal, los anuncios al inicio de la conferencia y las gesticulaciones mediáticas parieron finalmente unos compromisos insuficientes o poco apremiantes que no impedirán la realización de proyectos controvertidos como, por ejemplo, el desarrollo de la red de autopistas francesas, acompañado de una reactivación de la industria del automóvil sustentada de manera espectacular por nuestros dirigentes políticos. ¡No habremos pues evitado lo peor!

En 1974, René Dumont, agrónomo y candidato ecologista a las elecciones presidenciales, nos había advertido: «Si mantenemos la actual tasa de expansión de la población y la producción industrial hasta el próximo siglo, este no terminará sin el hundimiento total de nuestra civilización.»⁴ Por su parte, el filósofo André Gorz insistía de nuevo en 1977: «Sabemos que nuestro mundo se extingue; que si continuamos como hasta ahora, los mares y los ríos serán

estériles, las tierras carecerán de fertilidad natural y el aire resultará irrespirable en las ciudades y la vida constituirá un privilegio al que solo tendrán derecho los especímenes seleccionados de una nueva raza humana [...].»⁵

Hoy la catástrofe ya se ha producido. Vivimos la sexta extinción masiva de las especies.⁶ La quinta, que se produjo en el Cretácico hace sesenta y cinco millones de años, había visto el fin de los dinosaurios y de otros grandes animales, probablemente a consecuencia del choque de un asteroide. Sin embargo, esta sexta extinción presenta tres diferencias no desdeñables en relación con la precedente. De entrada, las especies (vegetales y animales) desaparecen a una velocidad de cincuenta a doscientas al día;⁷ un ritmo de 1.000 a 30.000 veces superior al de las hecatombes de los pasados tiempos geológicos.⁸ Para el reino animal, se ha pasado de un ritmo de extinción de las especies de una cada cuatro años antes de la era industrial a aproximadamente 1.000 al año (!)⁹ Además, el hombre es directamente responsable de la actual «depleción» de lo vivo. Por último, el hombre bien podría ser su principal víctima... Si hemos de creer a algunos, el fin de la humanidad debería llegar incluso más rápidamente de lo previsto, hacia el año 2060, por esterilización generalizada del esperma masculino bajo el efecto de los pesticidas y otros contaminantes orgánicos persistentes cancerígenos, mutagénicos o tóxicos para la reproducción.¹⁰

«El ritmo de extinción de las especies se ha acelerado.»

La sexta extinción de las especies sería debida a la sobreexplotación de los medios naturales, a la contaminación, al fraccionamiento de los ecosistemas, a la invasión de nuevas especies depredadoras y al cambio climático. Nuestro modo de producción provoca una aceleración de este fenómeno. La agricultura productivista, orgullo de nuestros políticos, viene guiada de entrada por el deseo de la productividad. El monocultivo, las manipulaciones genéticas y la patentabilidad de lo vivo al servicio de los intereses de los grandes grupos del negocio agrario son sus ilustraciones más destacadas. Resultado: según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) en el transcurso del último siglo se han perdido aproximadamente las tres cuartas partes de la diversidad genética de los cultivos agrícolas.

De una manera más general, ¿quién es responsable de todo esto? Expertos en economía nos demostraron que el desarrollo había permitido alimentar a millones de hombres, pero se abstuvieron de decir que esta máquina, siguiendo su curso, se volvía infernal hasta engendrar hoy un crecimiento excesivo, o en otras palabras, un desarrollo parasitario. Podemos incluso hablar de una verdadera ex-

crecencia comparable a la metástasis de un cáncer. La excrecencia es el crecimiento que sobrepasa la huella ecológica sostenible y que, en el caso de Europa, correspondería al consumo excesivo, es decir, a un nivel de producción que en general sobrepasa el nivel capaz de satisfacer las necesidades «razonables» de todos. Más allá de un determinado umbral, el coste marginal del crecimiento supera en mucho sus beneficios. Paradójicamente, todo sucede como si la perspectiva de un suicidio colectivo nos pareciera menos insoportable que el replanteamiento de nuestras prácticas y el cambio de nuestros modos de vida.

«Podemos hablar de una verdadera excrecencia comparable a la metástasis de un cáncer.»

«Los niños que vamos a traer al mundo, cuando alcancen la edad madura, ya no utilizarán ni el aluminio ni el petróleo; [...] en caso de realización de los actuales programas nucleares, los yacimientos de uranio ya estarán agotados»,¹¹ precisa asimismo André Gorz.

Al emprender, hacia 1850, la vía «termoindustrial», Occidente pudo dar consistencia a su deseo de adherirse a la razón geométrica, es decir, al cre-

cimiento infinito, sueño que se desarrolla desde al menos 1750 con el nacimiento del capitalismo y de la economía política. No obstante, será solo hacia 1950, con la invención del *marketing* y el consiguiente nacimiento de la sociedad de consumo, que la utopía llegará a su plenitud y el sistema podrá liberar todo su potencial creador y destructor. Actuando así, construye las estructuras de la catástrofe. El año 2050 podría marcar el fin de la sociedad de crecimiento. El sueño se habrá convertido en una pesadilla. El gran astrónomo Martin Rees da a la humanidad una posibilidad sobre dos de sobrevivir al siglo veintiuno.¹²

«Alto al crecimiento» fue el título francés del primer informe del Club de Roma publicado en 1972. Su conclusión precisaba que el crecimiento ilimitado bajo todas sus formas era imposible ya que el planeta era un mundo finito. Treinta años más tarde, un nuevo informe, realizado por los mismos investigadores, lanza una advertencia rigurosamente idéntica.

Podemos ser escépticos, claro está, acerca de los trabajos de futurología, aunque tienen el mérito de ser infinitamente más serios y sólidos que las habituales proyecciones (que no hacen más que prolongar las torpes tendencias existentes) sobre las que se apoyan nuestros gobernantes y las instancias internacionales. A partir de un modelo simplificado que representa el funcionamiento del sistema, los autores del informe de 2004 exploran

nueve escenarios partiendo de otras tantas hipótesis sobre la evolución de las variables. Salvo el que se apoya sobre una fe propiamente «cornucopiana» (fundada sobre el mito del cuerno de la abundancia y de la ausencia de límites), los demás escenarios, sin poner en duda los fundamentos de la sociedad de crecimiento, desembocan en su hundimiento (colapso) con tres variantes principales. La primera lo sitúa hacia el año 2030 debido a la crisis de los recursos no renovables, la segunda hacia 2040 debido a la crisis de la contaminación y la tercera hacia 2070 debido a la crisis de la alimentación.

Un solo escenario es a la vez creíble y sostenible, el de la sobriedad, que constituye la base de la vía del decrecimiento.

¡El decrecimiento! La palabra aparece por primera vez en 1979 en la traducción francesa de la obra principal del ecologista rumano Nicholas Georgescu-Roegen.¹³ Sin embargo, la llamada a la construcción de un proyecto político bajo esta etiqueta no se lanzó realmente hasta 2002. En lo sucesivo el decrecimiento es reivindicado sin complejos. El movimiento de objeción al crecimiento, nacido en los años setenta con el informe del Club de Roma y la conferencia de Estocolmo sobre el medio ambiente, encontró su provocador eslogan. El decrecimiento intriga, inquieta, pero inspira también a un número aún más importante de personas que hoy se atreven a hacerse llamar objetores del crecimiento o incluso dimisionarios del crecimiento.

¡La hora del decrecimiento ha llegado! Y la sociedad de la sobriedad voluntaria que emergerá de su estela supondrá trabajar menos para vivir mejor, consumir menos pero mejor, producir menos residuos, reciclar más... En pocas palabras, recobrar el sentido de la medida y una huella ecológica sostenible.

«La sociedad de la sobriedad voluntaria supondrá trabajar menos para vivir mejor.»

Pero esto no puede hacerse sin una ruptura de nuestros hábitos y por lo tanto de nuestras creencias y nuestras mentalidades. Inventar la felicidad en la buena convivencia más que en la acumulación frenética supone una importante descolonización de nuestros imaginarios, pero las circunstancias pueden ayudarnos a dar el paso.

Para realizar esa ruptura, es necesario primero comprender su necesidad y saber por qué hemos llegado a este punto. Sobre todo, es preciso dibujar el posible contenido de una sociedad del decrecimiento con el fin de que los nuevos tiempos no parezcan catastróficos ni traumáticos.

Notas

1. 50 millones en 2030, 200 millones en 2050 y hasta 2000 millones a finales del siglo XXI según el último informe del IPCC.

2. La UNESCO estima que entre 2.000 millones (hipótesis a la baja) y 7.000 millones (hipótesis a la alta) de personas carecerán de agua en el año 2050.

3. MARTIN, Hervé-René, *Éloge de la simplicité volontaire*, Flammarion, 2007, pág. 46.

4. DUMONT, René, *À vous de choisir, l'écologie ou la mort*, Pauvert, 1974.

5. GORZ, André, *Écologie et liberté*, Éditions Galilée, 1977, pág. 13 [trad. cast.: *Ecología y libertad*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979].

6. LEAKEY, Richard y LEVIN, Roger, *La sixième extinction: évolution et catastrophes*, Flammarion, París, 1997 [trad. cast.: *La sexta extinción: el futuro de la vida y de la humanidad*, Tusquets, Barcelona, 1997].

7. Edward O. Wilson estima que somos responsables de la desaparición, cada año, de 27.000 a 63.000 especies. *The diversity of life*, Belknap Press, Harvard, 1992 [trad. cast.: *La diversidad de la vida*, Crítica, Barcelona, 2001].

8. RAMADE, François, *Le grand massacre. L'avenir des espèces vivantes*, Hachette, París, 1999.

9. RUFFOLO, Giorgio, *Il capitalismo ha i secoli contati*, Gli struzzi Einaudi 2008, pág. 174. Desde luego, se trata normalmente de especies menos reconocibles que los mamuts, pero actualmente pesa una seria amenaza sobre las abejas.

10. BÉLPOMME, Dominique y PASCUITO, Bernard, *Ces maladies créées par l'homme: comment la dégradation de l'environnement met en péril notre santé*, Albin Michel, 2004.

11. GORZ, André, *Op. cit.*, pág. 13.

12. REES, Martin, *Our Final Century: Will the Human Race Survive the Twenty-first Century?*, Heinemann, 2003 [trad. cast.: *Nuestra hora final: ¿será el siglo XXI el último de la humanidad*, Crítica, Barcelona, 2004].

13. GEORGESCU-ROEGEN, Nicholas, *La décroissance. Entropie-Écologie-Économie*. Presentación y traducción de Jacques Grinevald e Ivo Rens, (1979), Sang de la terre, París, 1995.

MUESTRA EDITORIAL

➤ **El final de los tiempos: la necesidad de la ruptura**

El Renacimiento, al mismo tiempo que la generalización de la economía mercantil, preparando la vía al capitalismo productivista, cambió completamente nuestra relación con el tiempo. Artificialmente dividido por el reloj mecánico, contado y descontado, el tiempo se convierte en el objeto central de la economía. Debemos producir siempre en un tiempo dado. Debemos acelerar los ritmos de la vida y abreviar su duración (entre ellos la vida de los objetos). El presente desaparece en una eternidad virtual. Vivimos, sin duda alguna, mucho más tiempo (por término medio) pero sin haber tenido nunca el tiempo de vivir.

1. La aniquilación productivista del tiempo

Los hombres de la modernidad habían manifestado una fe ciega en el progreso espontáneo. Persuadidos de que el tiempo de la innovación no podía suspen-

der su vuelo, afirmaban con autoridad lo que era a la vez una evidencia y una certeza: «¡el progreso no se detiene!» Y aquellos que se atrevían a llevarles la contraria eran calificados de horribles reaccionarios.

*«Afeitarse más rápido
con el fin de tener más
tiempo para trabajar en la
concepción de un aparato
que afeite más rápido aún.»*

¡Todavía más lejos, todavía más alto, todavía más rápido! Este lema olímpico se había inmiscuido en el imaginario colectivo. Los hombres tenían que ser competitivos e inscribirse a diario en una loca carrera contra reloj. Nicholas Georgescu-Roegen, en su época, había denunciado este frenesí con la parábola del «ciclódromo de la afeitadora eléctrica». Esto «consistía en afeitarse más rápido con objeto de tener más tiempo para trabajar en la concepción de un aparato que afeitara más rápido aún, y así continuamente hasta el infinito».¹⁴

Aparentemente irreversible, este proceso provoca ya algunos estropicios en el mundo del trabajo cuando el cronómetro del taylorismo se introduce en el seno del taller hacia finales del siglo XIX. El enorme aumento de la potencia productiva de los trabajadores es descrita en términos elogiosos

por su iniciador, F. W. Taylor, y el salario «a destajo» pagado a aquellos que, hasta entonces, perdían el tiempo inoportunamente, prefigura ya el famoso eslogan liberal del siglo XXI: *trabajar más para ganar más*. El fordismo amplificará todavía más este vasto movimiento de descalificación del trabajo. Las cadenas de producción, que durante la segunda mitad del siglo XX se vuelven infernales, engendran, en el interior de la fábrica, unas disfunciones nocivas para la sacrosanta productividad (absentismo, alza de la tasa de *rotación*, piezas defectuosas desechadas, descenso de la calidad de los productos...). Es preciso romper la monotonía de ese trabajo reventado, desmenuzado, parcelado y desvitalizado.

En los medios patronales se empieza a hablar de la ampliación y el enriquecimiento de las tareas y pronto se presenta el toyotismo como el remedio a la crisis del sistema taylorfordiano. No servirá para nada puesto que el trabajador, que vuelve a ser aparentemente más responsable, permanece subordinado a las conminaciones del péndulo. El concepto de inmediatez, el «justo a tiempo», —hay que comprar o producir solo aquello que se necesita, y solo cuando se necesita— permite reducir las existencias y los costes de producción, pero deja la puerta abierta a la flexibilización laboral y, por lo tanto, a su precarización. Un estudio de OMD Worldwide, encargado por Yahoo!, había llegado incluso a la conclusión de que explotando la multiactividad que ca-

racteriza a una juventud ultrarrápida, ¿sería posible inducir a los miembros de las nuevas generaciones a realizar hasta 44 horas de actividad al día!¹⁵

La prolongación de la duración de la vida se percibe igualmente como una de las ventajas del desarrollo económico occidental. Los extraordinarios progresos de la medicina han aumentado en todas partes la esperanza de vida. Incluso en los países del Sur, esta ha aumentado considerablemente. En los países desarrollados, se ha pasado decididamente de 30 a aproximadamente 70 años de vida entre los siglos XIX y XX. De todas maneras, algunas mentalidades pesimistas, cuya reserva no es sinónimo de oscurantismo, no pueden resignarse a aceptar hipocriticamente los progresos médicos. Desconfían de una investigación cuya gratuidad ha desaparecido ante la finalidad, desde que los investigadores atienden mucho más a menudo los intereses de las potencias económicas y políticas que los de los ciudadanos. A título de ejemplo, solo el 10% de los gastos en investigaciones médicas están orientados hacia las enfermedades de las que son portadores el 90% de las personas más pobres.¹⁶

Claro está que, entre 1946 y 1976, esos años llamados gloriosos por algunos reconocidos economistas, el pastel del crecimiento adquirió volumen y su reparto parece más igualitario; asimismo, los hombres viven más y los investigadores pueden ser felicitados. Sin embargo esto plantea un problema demográfico que Jacques Ellul presentaba de esta

manera: «La sociedad tiene a su cargo a una masa considerable de ancianos que hay que mantener y cuidar. Se entabla entonces una loca carrera: para compensar ese gran número de ancianos, hacen falta aún más niños, para que la pirámide de edades no descanse sobre el extremo. Pero esto me parece de una imprevisión increíble, pues al fin y al cabo esa duplicación, esa triplicación del número de niños, aunque va a producir sin duda alguna dos veces más de trabajadores en veinte años, asegurando así la producción necesaria para el mantenimiento de los viejos, dentro de sesenta años, tendremos dos o tres veces más ancianos... ¿Hay que continuar? ¡Esto significaría que la población de un país en cincuenta años se habría multiplicado aproximadamente por diez! ¡Sencillamente absurdo!». ¹⁷

Artificialmente hinchado gracias a la levadura del progreso técnico, ese pastel contiene a partir de ahora temibles venenos. Efectivamente, la calidad (meramente fisiológica) de la vida disminuye. La cantidad de minusválidos aumenta, la salud se vuelve más frágil. La *modernización* se considera responsable de determinadas pandemias normalmente atribuidas a la vida salvaje. Así, el anófeles de la malaria, originariamente un parásito de los monos, es condenado a instalarse en el hombre a causa de la destrucción de los bosques. Según Édouard Goldsmith: ¹⁸ «La tala de los bosques amazónicos también ha puesto al hombre en contacto con la *leishmaniasis*, que afectaba anteriormente a los perezosos y a

los tatúes.» Lanzadores de alerta como el doctor Dominique Belpomme, insisten enérgicamente en el vínculo entre el desarrollo de los cánceres —especialmente en los niños— y la proliferación de productos tóxicos, responsables del empobrecimiento de la tierra y del agua. «Así, tenemos más posibilidades de vida y vivimos más tiempo, pero vivimos una vida más reducida y no tenemos la misma potencia vital. Estamos obligados sin cesar a compensar nuevas deficiencias»,¹⁹ concluye Ellul. Somos cada vez más dependientes de prótesis y de tratamientos que nos mantienen en vida, pero que reducen nuestras capacidades de disfrutarla.

Asimismo ha salido a la luz un consumo médico y farmacéutico desenfrenado y el presupuesto de la Seguridad Social ya no basta para hacerse cargo de todos los niños y adultos minusválidos, ni para tratar a todos los enfermos que necesitan recurrir a tratamientos caros como, por ejemplo, la diálisis. Realmente, la política sanitaria ha de ser por fuerza monstruosa. Espíritus sabios estiman que, antes de lanzarse a nuevas hazañas, habría sido acertado encontrar soluciones sociales aceptables para esos problemas. ¿Acaso no era más razonable optar por la lucha contra la contaminación en vez de dejar proliferar los cánceres y construir después, con elevados costos, nuevos centros de cuidados? Se piensa incluso que la esperanza de vida ha iniciado su declive.